

JUEVES 14

El hecho

Acabo de dejar a Adrián en su paseo. Iba solo, como siempre. Tiene alrededor de 55 años. Está viviendo en una casa de acogida. Se siente profundamente solo. Una enfermedad mental lo tiene apartado de todos los circuitos habituales de la sociedad. Nadie se para a hablar con él. Es un marginal, un desecho. Yo venía de darme un paseo. El sol invitaba a pasear, y yo necesitaba dejar que mí ser se serenase y se sintiese en paz consigo mismo y con Dios. El día y la semana están siendo muy agitados. No sé cómo nos las arreglamos, pero todos estamos así.



Volvía del paseo en las afueras del pueblo, por un camino lleno de curvas y de cantueso, cuando me he tropezado con Adrián. El primer saludo ha sido una sonrisa. Sabía que yo no iba a pasar delante de él sin saludarlo y sin pararme. Hemos conversado un buen rato. Me ha hablado de sus fragilidades, de sus problemas, de su soledad y abandono, de traumas que, según él, recibió de pequeño, del atracón de religión que se dio, de las frustraciones afectivas, de la marginación económica, hasta verse tirado en la calle y olvidado de todos, con la cabeza perdida.

He sentido una inmensa compasión por Adrián. He sentido deseos de abrazarlo, de protegerlo, de acogerlo en mis brazos como si fuesen -¡pobres!- los brazos misericordiosos de Dios. Y no me he reprimido, lo he hecho. Él también lo ha hecho. Tenía necesidad de ser abrazado por alguien, de sentir un poco de calor humano. Hemos llorado juntos. He prestado mis brazos a tu misericordia, Señor. Ya lo he hecho en muchas otras ocasiones. Ésta es una bella manera de bendecir a un hermano. Le he susurrado al oído palabras de paz y de consuelo, de esperanza, de amor a la vida, de autoestima, de todo lo que Tú me sugerías. Tú estabas bendiciéndole.

La Palabra de Dios.

Ahora estoy en casa. He decidido dejar cinco minutos para hablarte, Señor, de Adrián. Ésta es una de mis perforaciones. Es muy posible que no se pueda hacer con él mucho más de lo que están haciendo otros hermanos que lo cuidan. Pero hay muchos Adrianes en el mundo. Padre. Yo he querido estar un rato contigo, especialmente para ponerte a Adrián delante de Ti. Yo sé que Tú tienes a Adrián y a todos los Adrianes delante, pero yo me siento bien si te hablo de él, si te digo que te necesita. Si te digo que has de despertar en la sociedad y en nosotros el deseo de escuchar, de valorar, de dedicar nuestro tiempo a los que están fuera de la locura de la sociedad en que vivimos. Me siento feliz de que me escuches, de que me dediques tu tiempo, de que te acerques con tu Espíritu hasta un pobre tan pobre como Adrián. Yo quiero ser como él. No soy más que él. Si miro, como ahora, desde Ti, me veo mucho más pequeño que Adrián. Yo sé que Tú les prestas a ellos mucho más amor que a nosotros, los normales, los aburguesados, los seguros.

Me siento en paz y, a la vez, me siento empujado a volver al ruedo de la vida y a seguir abrazando a los Adrianes. Bendito seas, Señor. Me gustaría decirle a la humanidad entera que

hemos de poner todo el empeño en amar, de tal manera que los pobres y los simples sean los primeros en beneficiarse de nuestro amor, que es el tuyo. No debería haber nada tan importante, nada que se antepusiera al amor a los sencillos, a los humildes, a los que están marginados. Y el amor se tiene que implicar hasta sus últimas consecuencias, sin necesidad de que nos irrite y nos pongamos «bordes» con otros seres humanos. Pero hemos de luchar para que a todos llegue el beneficio del amor. No son sólo carencias sociales las que tienen los que están fuera de los círculos de privilegios de este inundo capitalista; son carencias de valoración, carencias de afecto, carencias de escucha, carencias de amor...

Tengo que continuar el camino, Señor. Adrián se queda más y más, en mi corazón, tanto cómo en el tuyo. El compromiso por humanizar esta tierra sigue en pie.